

ESCALANTE VARONA, Alberto. *La escuela de Cruz. Textos y autores del teatro popular en el Madrid ilustrado*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 2020, 174 pp. Colección Ópera Prima.

Afortunadamente la situación actual de los estudios sobre la literatura española del siglo XVIII marca un panorama que dista ya mucho de aquel otro, propio de décadas pasadas, donde se advertían grandes lagunas en su conocimiento, que no dejaba de ser sesgado, parcial y superficial, centrado en una nómina exigua de autores señeros. Abundan ahora, por el contrario, las investigaciones sobre los distintos géneros literarios que se desarrollaron en la centuria, sus poéticas y creadores, la evolución y confluencia de estilos, las trayectorias artísticas de los escritores y los éxitos y fracasos alcanzados entre el público. El resultado de este interés creciente por la literatura dieciochesca es la confirmación de la existencia de una literatura de calidad no carente de interés que es cada vez mejor conocida, aunque todavía se deba divulgar más y mejor entre el público general. Todo ello se observa de forma precisa en el caso del teatro, donde los estudios existentes han reconstruido un mosaico precioso en el que quedan identificados géneros, autores y obras, pero en el que todavía faltan numerosas telas que le den forma final completa. Este valor de tesela, ese efecto lupa, se encuentra en la obra *La escuela de Cruz. Textos y autores del teatro popular en el Madrid ilustrado*, ensayo que ayuda a conocer mejor el complejo mosaico que define las prácticas dramáticas del final del periodo ilustrado. En efecto,

el estudio de Alberto Escalante Varona, Premio Ópera Prima Ana Holgado 2019 de la Universidad de Extremadura, se centra en textos y autores del teatro popular madrileño de la segunda mitad del siglo XVIII con el fin de mostrar con nitidez las tendencias evolutivas de la literatura dramática dieciochesca y evidenciar con ello el carácter multifacético de la literatura popular ilustrada y las distintas formas de representación a las que por motivos variados acudieron sus autores. Ofrece con ello una investigación rigurosa sobre los desconocidos y olvidados, los ninguneados y despreciados, los marginados del teatro dieciochesco durante décadas o siempre en la historia y las historias de la literatura con el fin de reconstruir y reivindicar de forma más completa y real la literatura española de la Ilustración, ofrecer en fin una perspectiva que revise, corrija, dimensiona y completa el panorama conocido y elaborado por los discursos oficiales de la crítica neoclásica. La buena erudición, la actualización bibliográfica y el dato novedoso ponen guinda a un volumen que logra plenamente su objetivo y contribuye a esclarecer el teatro español del siglo XVIII.

Este libro, por lo demás, centra su atención en una extensa nómina de dramaturgos poco conocidos, entre los que destacan Valladares de Sotomayor, Luis Moncín, Comella, Zavala y Zamora o Laviano, y en una correcta reivindicación de otros como Cruz. Queda organizado en diversos capítulos que se ocupan cronológicamente de la evolución del teatro popular en la segunda mitad del siglo XVIII con una apertura sobre la escuela de Comella, etiqueta

que se considera no válida, y un cierre en el que postula a Ramón de la Cruz como maestro de toda una serie de pájaros nuevos que funcionan en el panorama dramático de finales del siglo XVIII. Y todo ello considerando, claro, las polémicas sobre el teatro. El profesor Escalante logra explicar de forma amena en su estudio no solo que existe un teatro más allá de los Moratines, sino también el carácter poliédrico del teatro popular de esa centuria. La estructura circular que presenta el libro permite desmontar de forma eficaz el viejo tópico de la existencia de la Escuela de Comella y reivindicar la de Ramón de la Cruz a partir del citado recorrido cronológico por la literatura del Madrid ilustrado, aquel que entre 1750 y 1808 vio el surgimiento del neoclasicismo y el nacimiento de una serie de autores de teatro popular, que son los verdaderos protagonistas de la obra. La distribución cronológica desarrollada en seis capítulos, la combinación y confrontación entre estos autores populares del periodo y aquellos otros esenciales de la literatura ilustrada y la actualización del estado de la cuestión con nuevos datos sobre las polémicas teatrales de finales del setecientos constituyen las bases que soportan un libro que pretende demostrar «el carácter multifacético de la literatura popular ilustrada y las diferentes estrategias de representación que emplearon sus autores para conseguir aunar la profesionalización de su escritura con sus pretensiones de obtener reconocimiento crítico y prestigio erudito gracias a ella» (p. 11). La finalidad divulgativa de la obra y el buen dominio de las fuentes bibliográficas son sin duda valores

destacables también de este ensayo del profesor Escalante.

Se inicia la obra estableciendo la forma con la que quedó configurada en la historia de la literatura la escuela de Comella, la valoración de la misma y su significado para el teatro del periodo, para trabajar después el ambiente cultural y literario del Madrid ilustrado, que será el escenario de la escuela de Ramón de la Cruz. En ese escenario construye la llegada del neoclasicismo al país con la aparición de las Academias; la *Poética* de Luzán, obra capital de la literatura neoclásica, y el reconocimiento de Cañizares como padre del teatro popular del siglo XVIII. Se detiene Alberto Escalante en esos autores poco conocidos, de los que construye su biografía, y muestra paralelamente su introducción en la República de las Letras y trayectoria literaria, acudiendo a la cuestión y debate sobre los géneros dramáticos y reivindicando y trabajando fundamentalmente a Cruz, padre del sainete dieciochesco, cuya fórmula dramática pronto se consolidará en las tablas. Para ello el autor se vale, si es necesario, del dato histórico preciso, de la confrontación estética de los autores o de la ubicación historiográfica de estos.

Incorpora, en efecto, Escalante Varona en su ensayo las principales noticias histórico-literarias que permiten construir el panorama del teatro de finales del siglo XVIII de forma progresiva, plural y versátil, apoyándose en la construcción paralela de la biografía de los autores protagonistas. No sorprende por ello que al referirse a los años comprendidos entre 1766 y 1780 se detenga en la situación de la Corte,

el afianzamiento de la Ilustración, la prohibición de los autos sacramentales, el proyecto de Reforma de los Teatros, la aparición de la tragedia neoclásica o la representación de obras en las tablas para terminar señalando el éxito de Cruz en estos años. Ni tampoco que, en los años de esplendor de la comedia heroica (entre 1784 y 1788), centre la atención en la descripción de la sociedad literaria de la Corte y sus vías de progreso en reconocimiento público, en una reflexión sobre la literatura y el poder político, la confirmación de la aparición del bando de los moratinianos y los comellistas, en una caracterización básica del teatro popular, la presencia de distintos géneros dramáticos, la consideración del teatro como actividad para el público, la mezcla de géneros en el teatro popular o las críticas de Forner a los poetas populares y su 'mal teatro'. Son todo ellos aspectos que debían ser tratados para alcanzar el objetivo que se propone la obra. El autor maneja con soltura los distintos puntos críticos que necesita exponer, los combina con maestría y convierte la alternancia de aspectos tratados en un elemento vertebrador de su ensayo y en un marcador del estilo en el que está escrito. Poco tiempo después, en cualquier caso, cuando los gustos neoclásicos alcanzan su mayor aceptación, el teatro popular presentará cambios relacionados con la asimilación de influencias de otros géneros como la comedia sentimental. Alberto Escalante confirma que para entonces Ramón de la Cruz presenta una trayectoria consolidada y de reconocimiento de los gustos del vulgo, es «maestro de copleos» y escritor reconocido. Le sigue una

serie de autores más jóvenes. Sin embargo, ese teatro 'desarreglado' será entonces criticado con dureza por la Junta de Teatros, en especial por Moratín, que consideraba poco oportuno y útil la representación de las obras de estos autores. Es el tiempo en que Ramón de la Cruz, dramaturgo ya viejo y reconocido, se enfrenta a la *Comedia nueva*; aquel en el que la opinión de Moratín configura las bases de la valoración historiográfica de este autor y la condena y olvido de sus seguidores. Entonces se construye una visión simplista del teatro de finales del siglo XVIII que conviene, como pretende el libro que aquí reseñamos, descartar. Así, Escalante Varona reivindica la figura de Cruz al señalar que en él «se pueden ejemplificar las principales tendencias que luego siguieron los dramaturgos populares a los que atacó con violencia la segunda generación de neoclásicos» (p. 159). Este dramaturgo fue modelo para toda una generación de escritores más jóvenes en el que se fusionaba la literatura culta y la literatura popular, síntesis y simbiosis del hacer dramático de una centuria, cuya práctica dramática genera una escuela que alarga su influencia hasta bien entrado el siglo XIX. Por todo ello, por su reconocida autoridad y su valor como renovador del teatro popular a partir de distintas tendencias, el profesor Escalante reivindica la figura de este autor para las letras españolas.

El autor, sea como fuere, logra en este libro bien escrito, decididamente reiterativo y poliédrico, elaborado además sobre un profundo conocimiento de las fuentes y asuntos tratados, acercar al público el complejo panorama

del teatro popular de la segunda mitad del siglo XVIII en su proceso de construcción en el que reivindica su hibridismo y muestra simplista la dicotomía Comella y Moratín y errónea la etiqueta Escuela de Comella. Por todas las aportaciones y valores señalados celebramos con rotundidad su aparición. Estamos, sin duda, ante la obra madura de un joven investigador, buen merecedor

del Premio Ópera Prima, que evidencia ya a su vez una consolidada y prometedora trayectoria investigadora centrada en la dramaturgia del Setecientos. Este libro, en fin, es tesela que ayuda a levantar mejor el complejo mosaico que define las prácticas dramáticas del final del periodo ilustrado.

José ROSO DÍAZ